mos Nuevo Mundo, no porque sea otro diferente sino porque es parte dél, nuevamente conocida de nuestros españoles que, de poco acá, le descubrieron y habitan.

CAPÍTULO III. *De cómo las cuatro partes del mundo no sólo son habitables sino que también se habitan*

TIENE EL HOMBRE (según el Filósofo) en el primero de la *Metafísica*,[1] una inclinación natural y apetito de saber y es tan insaciable que jamás se contenta con lo adquirido con la ciencia de una cosa, sino que pone más cuidado en proceder adelante y a más, cuanto más puede; y ésta fue la causa porque los antiguos sabios presumieron e intentaron no sólo querer medir la tierra; pero también poner en cuenta la grandeza de los cielos, numerándola y repartiéndola a palmos y en otras muy más pequeñas y estrechas medidas; cosa de grandísimo atrevimiento y que les hizo errar en muchas cosas. Porque dejando la investigación de las cosas inferiores, levantaron la presumpción a lo dicho; y de aquí cayeron en muchas ignorancias, a los cuales reprehende Aristóteles[2] en el prólogo que hace al libro *De Coelo et Mundo*, hablando con el rey Alexandro diciendo: que los que dejan de contemplar las cosas inferiores por irse a las superiores (es a saber) a la consideración de los cielos y planetas, en vez de hacerse sabios, quedan más ignorantes; con la cual ignorancia, quedándoles tan tapiados y cerrados los entendimientos filosóficos, crecióles sin temor la osadía de decir que, según hallaban las constelaciones de los cielos, su naturaleza y disposición, no era posible que toda la tierra fuese habitable. De los que dieron de ojos en este error fueron Tales Milesio y Pitágoras y, con ellos, aquel monstruo de naturaleza y ciencias humanas, Aristóteles, que no por haber reprehendido a los demás dejó de incurrir en el mismo yerro. Y, tras este sapientísimo varón, todas las escuelas griegas y latinas; y Ovidio[3] dijo no ser habitables las dos últimas zonas por ser demasiadamente frías. Y Macrobio[4] y Virgilio,[5] Apiano[6] y Gemmaphrisio y el comendador en las *Trescientas* de Juan de Mena. Éstos (con otros) afirmaban que la tierra en ninguna manera era toda habitable y era fuerza que, si la experiencia, a nosotros que gozamos destos presentes siglos, no nos hubiera enseñado lo contrario, nos abalanzáramos a creer con simplicidad y sin baraja este parecer tan general; porque no sólo fue (como digo) de los antiguos; pero de los que después los siguieron, que ahora llamamos modernos (como fue Durando y el sutil Escoto); porque decían que una

[1] Metaph. lib. 1.
[2] Arist. in Prol. lib. 1. de Coelo et Mundo.
[3] Ovid. in Metha.
[4] Macrob. lib. 2. de Somno Scipion.
[5] Virg. in Georg.
[6] Apia. in sua Cosmograp.

no se podía habitar, por muy fría y otra por muy caliente. Y así otros, que repartían la tierra en dos partes (que llaman hemisferios), decían que no había hombres en la una, ni los podía haber, sino que forzados y constreñidos de pura necesidad, habían de ir huyendo de aquellos extremos, buscando habitación templada. Por manera que de cinco partes, en que los antiguos repartieron la tierra (según contaron cinco zonas en el cielo), aún no hallaban habitables más de las dos; y las tres las dejaban deshabitadas y vacías, como temple contrario a la vida del hombre.

Para mayor claridad e inteligencia de lo dicho quiero poner aquí el fundamento que tuvieron estos antiguos, para dejarse llevar desta verdad fingida y aparente; el cual fue: que partiendo la tierra en cinco partes fingieron en el cielo cinco fajas (que llamaron zonas) con que quisieron medirla y regularla; las dos de las cuales son frías, dos templadas y una caliente. Esta opinión refiere también San Isidoro.[7] El que quisiere saber cómo son estas cinco zonas ponga su mano izquierda entre la cara y el sol, cuando nace u sale, con la palma hacia el pecho (que así lo ejemplifica Gómara y me aprovecho de su ejemplo). Y esto mismo enseña Polivio Grammático y tenga los dedos abiertos y extendidos y, mirando al sol por entre ellos, haga cuenta que cada uno es una de las dichas zonas u fajas; el dedo pulgar se ha de considerar ser la faja u zona fría de la parte del norte, que por su demasiada frialdad es inhabitable (según los dichos). El otro junto al pulgar es la otra zona templada y habitable, donde está el trópico de Cancro. El dedo de enmedio es la tórrida zona, que por tostar y quemar su calor la llamaron así y es inhabitable. El dedo del corazón es la otra zona templada, donde está el trópico de Capricornio. El dedo menor es la otra zona fría e inhabitable de la tierra que cae al sur. La distancia y espacio que hay de una zona a otra es que la de enmedio, que es la tórrida o tostada, coge de ancho desde el trópico de Cancro hasta el de Capricornio que es por donde pasa la equinocial, por donde de continuo corre el sol y hace su curso sin salir de este distrito y cerco; porque cuando va haciendo su curso hacia el austro o sur, declinándose hacia aquella parte, llega al trópico de Capricornio y de allí no pasa. Cuando se declina por estotra parte del septentrión o aquilón (que es el norte) llega al trópico de Cancro y de allí vuelve sin exceder su límite; y corriendo por la mitad de la zona, la equinocial divide y corta en dos partes iguales la tierra. Una parte deja al aquilón u norte y la otra al austro o mediodía; y cada mediación de éstas tiene veinte y tres grados y medio de anchura. De manera que todo lo ancho de esta zona, de trópico a trópico, son cuarenta y siete grados de distancia; que son, en cuenta más clara, ochocientas y veinte y dos leguas, de las ordinarias castellanas.

La segunda zona, después de esta tórrida hacia el aquilón, corre su anchura, desde el trópico de Cancro hasta el círculo del polo Ártico, el cual círculo se mide desde el polo del zodíaco, que dista del polo del mundo por veinte y cuatro grados y tiene esta zona de anchura cuarenta y tres

[7] Div. Isidor. lib. 3. Ethymol. cap. 21.

grados. La tercera zona corre de ancho desde el polo del zodíaco hasta el polo del mundo (que es el Ártico) y tiene veinte y cuatro grados; y contando en junto la distancia de grados que hay desde este polo a la línea equinocial son noventa, que son la cuarta parte de toda la tierra de polo a polo. La cuarta zona corre (volviendo destotra parte del polo Antártico) desde el trópico de Capricornio hasta el círculo también zodíaco Antártico, que se llama así por ser de la parte de mediodía; la cual zona es correspondiente a esta que nosotros habitamos y corre las parejas a ésta, con cuarenta y tres grados. La quinta y última zona es la que se incluye entre el polo zodíaco Antártico hasta el polo del mundo, que tiene veinte y cuatro grados, como la otra en su contraposición.

De esta larga división verá cada uno que quiera leerlo y notarlo en cuántas partes estaba dividida la tierra, haciéndola quintanaria la sabiduría antigua; y aunque la midieron toda y la redujeron a los números de leguas que tenemos referidas, por los grados dichos, no es tan cierta esta cuenta que no puede faltar en algo; y por esto decimos que es poco más o menos de lo dicho, contando desde la equinocial a una y a otra parte polar.

CAPÍTULO IV. *Que prosigue la materia del pasado y se prueba la habitación de todas las partes del mundo; y se declara a la opinión de los antiguos acerca del calor de la tórrida*

ONSIDERADO BIEN lo dicho en el capítulo pasado, se conocerá con facilidad lo que los antiguos dijeron acerca de la habitación o inhabitación de las tierras. Y aun Plinio, tratando más por menudo de lo habitado, escribe que de cinco partes que llaman zonas, quita las tres el cielo a la tierra, que son las señaladas en la figura y, que aún de esto que se puede habitar, le hurta una grande parte el océano. Y en otra parte dice que no hay hombres, sino en el zodíaco. La causa que ponían estas gentes para probar esta imposibilidad era ser unas tierras muy frías y otras muy calientes; lo cual todo trata Henrico Martínez[1] en su *Reportorio* y, por estar bien puestas y ser cosas de su facultad, me aprovecharé de ellas diciéndolo como él lo dice. Para lo cual hemos de suponer que la principal causa del calor, que de parte del cielo recebimos, es la presencia del sol. El cual nos comunica su cualidad por medio del aire. De suerte que tiempo caluroso no es otra cosa que estar cálido el aire que nos rodea. Recibe (pues) el aire calor por virtud de los rayos solares, los cuales hacen en él más o menos impresión, según la disposición del lugar en que le hallan, porque en las partes y lugares bajos y abrigados, donde los rayos solares reberberan en la tierra y hallan resistencia, calientan más que adonde pasan de claro. Y de que esto sea así se ve por experiencia que en tiempo

[1] Henrico Martínez. Report. tr. 3. cap. 5.